

JOSÉ MARÍA JOVER ZAMORA (1920-2006)

Traer el recuerdo de José María Jover Zamora a las páginas de la revista *Hispania* tiene pleno sentido, aparte cuanto representa su nombre y su legado en el más amplio campo de la historiografía española, por la doble razón de su colaboración como autor y como miembro de su consejo editorial, pero también por su vinculación al Instituto «Jerónimo Zurita», como durante tantos años se denominó al centro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas dedicado a la investigación histórica, cuyo principal portavoz editorial era y es la revista *Hispania*. Recién terminada su licenciatura en la Universidad Central —como entonces y con expresión tan del modelo napoleónico se conocía a la Complutense— José María Jover se incorporó como becario al Instituto «Zurita» del CSIC bajo la tutela de un hombre extraordinariamente cordial, de reducida y hoy casi olvidada producción como historiador pero de gran cercanía y magisterio como docente y como formador de un grupo de historiadores que han ocupado y ocupan lugar propio en la historiografía española. Titular en la Universidad así como en el CSIC del departamento de Historia Moderna, don Cayetano Alcazar Molina —a quien también tuve como profesor precisamente en el último año de su vida— dirigió la tesis doctoral de José María Jover, leída en el curso académico 1946-47 y calificada con la máxima nota. Dos años después era publicada por el CSIC y obtenía el Premio «Menéndez Pelayo». La revista *Hispania* en su número XXXVIII (1950) publicaría una amplia recensión firmada por Rafael Gibert. Desde la perspectiva de hoy, conviene recordar que pese a la originalidad y consistencia del tema como al rigor de una investigación llevada a cabo sobre un inexplorado fondo documental de la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, el eco de aquella obra quedó muy limitado al ámbito académico. Y ello posiblemente por lo que de novedoso y marginal a la temática preferida de la historiografía oficial de la época —muy afinada en los Reyes Católicos y en los «Austrias mayores»— tenía aquel estudio titulado *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, donde se reflexionaba en torno al testimonio de aquella generación pacifista, en «el fondo grandioso y desolado de un inmenso crepúsculo» —como el propio Jover la situaba— el que acompañó a la guerra de los Treinta Años y a las onerosas paces que desde Westfalia a los Pirineos jalonaron el reinado de Felipe IV. El

propósito de la tesis, rigurosamente culminado, lo dejaba muy claro su autor: «Calar el espíritu y las convicciones de una generación (...), tal vez la última generación con fe ciega en el destino de España», lo que contrastaba, insistimos, con el discurso oficial, todavía en boga, de la España eterna y sin fisuras. Creo que han pasado demasiados años, medio siglo, para que se haya tomado conciencia de la oportunidad, de la necesidad historiográfica, si se quiere, de reeditar aquel libro. La propuesta de la Fundación Española de Historia Moderna fue acogida plenamente en la programación editorial del CSIC y a quienes dirigimos *Biblioteca de Historia* nos correspondió la satisfacción de que el número 55 de dicha colección fuera la reimpresión de aquel texto que se podía tener como un clásico en la producción historiográfica del pasado siglo XX.

En estas líneas donde el cálido recuerdo personal de José María Jover quisiera que se situase sobre la propia valoración historiográfica de su vida y su obra, tengo que acudir a algunos testimonios de mi también ya largo oficio en el campo de la Historia. Estuve entre los alevines de historiadores que conoció aquella obra objeto de su tesis doctoral, pues en el temario de las oposiciones a cátedras de Instituto, en la convocatoria a la que concurrí, se encontraba la época analizada por la obra de Jover, la España de Felipe IV. Hice con ese motivo una atenta lectura de aquellas páginas. Pero, en esa rememoración de la persona y el legado de José María Jover, vayamos unos años atrás, cuando, todavía estudiante en la Facultad, asistí en el Ateneo de Madrid a la conferencia que daba un por entonces catedrático de la Escuela de Comercio de Ciudad Real, mi ciudad natal. Allí escuché por primera vez a José María Jover. Aquella conferencia, también renovadora temática y metodológicamente en el contexto historiográfico de la época, se titulaba *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*. A la inmediata edición del Ateneo, en su colección «O crece o muere», han seguido otras, precisamente por cuanto de apertura y renovación de enfoques en el ámbito de la historia social tuvieron aquellas páginas, siempre obligado punto de referencia cuando se valora el legado historiográfico de Jover, ya desde el comienzo de su carrera académica atento a la historia social, «a la necesidad —como él mismo afirmaría en una no muy lejana entrevista— de enfrentarse siempre con los hombres de carne y hueso en el marco de las sociedades donde viven». Ahí ya su gran y mantenida admiración por Galdós, a quien consideraría su «primer maestro de Historia», en esa búsqueda del hombre, individual o colectivo, que da sentido al propio oficio del historiador.

Pasaron varios años y asistí a alguno de los ejercicios que como opositor realizaba para acceder a una cátedra universitaria, la de Historia Moderna de la Universidad de Valencia. Un libro, por el que luego obtendría el Premio Nacional de Literatura, *Carlos V y los españoles*, tuvo como principal finalidad precisamente aquella oposición. Ganada la cátedra, los años valencianos fueron clave en la vida de José María Jover, en la dimensión docente, creadora de escuela y cantera de discípulos, pero sin duda aún más en la personal y familiar. Allí encontró a Lupe, a Guadalupe Gómez-Ferrer, hoy catedrática de la Universidad Complutense, pero sobre todo la mujer con la que formaría una espléndida

familia, que progresivamente fue acentuando —tanto en los días gozosos, los más, como en los difíciles que siguieron a la muerte de un hijo, de Ignacio— el perfil humano, cordial y próximo de José María. Precisamente con el que le recuerdo en Santander, cuando en la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» se le entregó el Premio Nacional de Historia. Fue la última vez en que, junto a Ricardo López de Uralde, de la editorial *Espasa Calpe*, tuvimos una conversación, durante la cual, con preocupación, ya pudimos advertir el comienzo del deterioro de su salud. Luego, mis años en Roma y su progresivo y obligado alejamiento me han dejado esa última imagen de aquella jornada de Santander, rodeado del afecto sincero de familia, amigos y colegas.

Es muy difícil cuando se intenta recapitular un legado como el de José María Jover no dejar facetas de esa vida o elementos de esa herencia preteridos o en penumbra. Pero no reside en su enumeración exhaustiva, tipo «curriculum de oposiciones», cuanto de *totalidad* define al hombre una vez traspasada esa radical frontera de la muerte. Creo que todo lo contrario. En cualquier manifestación de esa vida se le puede apreciar en plenitud. El José María Jover *historiador* que recordamos está en obra de tan gran calado como la dirección y la autoría de tantas páginas de la *Historia de España*, que antes de él dirigiera y le diera nombre don Ramón Menéndez Pidal, como en artículos tan magistrales como *Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX*, una convocatoria y una guía para esa dimensión de la vida española tan olvidada durante años por la nuestra historiografía, en monografías, en la misma línea temática, como *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en 1982 o en tantos prólogos, varios de ellos a tesis doctorales de su dirección, sin olvidar su cotidiana labor docente. En todos ellos siempre la política exterior como capítulo prioritario de su mirada hacia la comprensión histórica de España, ya muy presente en sus estudios sobre la España moderna, pues como subraya María Victoria López Cordón, una de sus discípulas más directas, en el prólogo a la citada reimpresión de su tesis, «a su condición de modernista debe, en gran medida, José María Jover su obsesión por insertar el proceso español en un contexto más amplio, por romper los tópicos de la introversión y la diferencia y su afán por insuflar ideas en el estudio de la política exterior». Tanto más en su posterior y mantenida atención a los siglos más próximos, tan insoslayable la inserción internacional de España en esa época de su preferencia, a caballo entre dos siglos y con un intermedio tan visible como el de 1898, que llamamos «la España de la Restauración», tema y época que, junto a la amistad, me han vinculado especialmente a José María. Fue el primero y más generoso crítico a mi estudio sobre «los orígenes de la Restauración», precisamente en su dimensión internacional tanto en relación con la Europa bismarckiana como, en otra de sus claves, indispensable para su comprensión, como la colonial, la que estuvo en la génesis de la restauración monárquica, pero también la que condujo al «98». Siempre pensamos —y así estaba en su inicial propósito— que el volumen de la *Historia de España Menéndez Pidal* dedicado al periodo de la Restau-

ración sería íntegramente suyo. Más tarde —cuando se toma conciencia de no tener todo el tiempo del mundo a tu disposición— tuvo la generosidad de encargarme la programación del dicho volumen, para el que acordamos los autores a participar, entre ellos discípulos tan directos de Jover como Elena Hernández Sandoica, Rosario de la Torre, María Dolores Elizalde o Agustín Rodríguez. Quedaba aún el deseo, compartido, de que la introducción fuera de su pluma. No pudo ser y tuve que asumir esa responsabilidad. En todo el volumen quedó la nostalgia de su ausencia y la impronta de su magisterio.

Cuando, años atrás, pasaba con mi familia algunos días del verano en la Dehesa de Campoamor, donde José María y Lupe tenían su retiro del «mundanal ruido» de Madrid, pude apreciar, en escenario tan lejos de lo «académico», la cercanía del amigo y la perfecta compatibilidad entre su mirada, sin fronteras, de la Historia y el apego a sus raíces murcianas, a ese en su habla acento tenue pero perceptible de su tierra natal. Una tierra que reconoció su deuda nombrándole hijo predilecto de Cartagena en 1993 y otorgándole la Medalla de Oro de la región murciana en 1992, además del doctorado *honoris causa* de su Universidad, como también se lo conferiría la de Valencia. «Quien pierde sus raíces pierde su identidad; yo he cuidado mucho las mías», son palabras suyas. Otra faceta, y no la menor, del legado de un historiador cartagenero, español, firmemente arraigado en el mundo de valores del cristianismo y del pensamiento europeo, herencia y ejercicio de diaria afirmación de un maestro de historiadores, pero sobre todo del hombre. Así le recordaremos.

Manuel Espadas Burgos